

ENR.
1877

*Y. L. José de las J. 8 (89) 3 dup. Gutiérrez.
Q. dup. Autor.
JOSE GUTIERREZ*

LEYENDA.

LA PAZ

SUSPIROS Y LAGRIMAS

POR

Ricardo Agarte.



LA PAZ

Imprenta de «El Ciudadano»—Dirijida por Mariano González.

1877

01614

JOSÉ R. COUTIERREZ

LEYENDA.

LA PAZ

SUSPIROS Y LAGRIMAS

POR

Ricardo Agarte.



LA PAZ

Imprenta de «El Ciudadano»—Dirijida por Mariano González.

1877



DEDICADA

al Sr. José Maria Barragan y Eyzaguirre
y su digna esposa.

EL AUTOR.

LEYENDA

SUSPIROS Y LÁGRIMAS

POR

RICARDO UGARTE.

CAPÍTULO 1.º

Un lugar de Yungas.

Era una tarde del florido Abril, cuando las vagas sombras del crepúsculo esparcían lentamente su oscuridad por el espacio, cubriéndose con densas nubes y el rey de los astros ocultó su brillantéz: hora en que se escucha el murmullo de la arboleda, en que las flores temblando se recojen en su tallo y se aspira el ambiente embalsamado.

La noche destacaba en el horizonte la pálida y melancólica luna, se veían las brillantes estrellas, y reinaba un profundo silencio.

A estas horas y en un apartado lugar de Yungas, en una hermosa hacienda, situada en la cumbre de la montaña, que forma una planicie, se encontraba edificada una casa: desde allí se contemplaba un bello panorama: por todas direcciones la vista recorría montañas coronadas por árboles secuáres y vegetales; las plantaciones de coca que constituyen la riqueza de Yungas, los cafetales, el hermoso naranjo que parece un ramillete de flores, el plátano, el limonero, la esquisita piña y tantos otros frutos tropicales: las enredaderas que en forma de coronas abruma-

las montañas. Las variadas mariposas; el poético y misterioso canto del *organito* y el dulce trinar de tantos otros animales.

El suave zuzurro del agua que corre aquí y allá y que se pierde en medio de esa exuberante vegetación. El melancólico murmurio de sus cascadas y cantos de aves que nacen y se pierden en medio de la selva umbria. De allí se divisaban sus laderas por las que pasa cortando el caudaloso Tumampaya.

En este sitio y en la casa de hacienda que hemos mencionado, habitaba la familia de un antiguo patriota, que despues de la derrota de Chacaltaya que sufrieron las fuerzas comandadas por el iniciador de la emancipacion Americana, el alleta del siglo, Pedro Domingo Murillo, de talla mas colosal que el gigante de granito el nevado Illimani, se habia refugiado en Yungas, despues de otra derrota mas, en Irupana, habiendo sido todos sus bienes confiscados por los realistas.

Este venerable patricio, era el Sr. Juan Espinosa, matrimoniado con la señora Margarita de Espinosa, quien se refugió en ese sitio á fin de evadirse de la saña de los bárbaros españoles que inmolaban á todo ser racional que no pensaba políticamente como ellos, y á aquienes apellidaban rebeldes y alzados.

A la hora y en la noche de que hablamos, que era el 20 de Abril de 1836, se encontraban reunidos en la galeria del piso superior los dos personajes que ya conocen nuestros lectores, en compañía de una linda jóven de edad de 15 años: era rubia y blanca, y en su rostro brillaban dos ojos grandes como la esperanza; de estatura alta, esbelta y graciosa, pura como la azucena, modesta como la sensitiva, flor de la ternura, y tímida como la violeta. Tal era Elvira, hija única de los personajes ya conocidos.

— Que hacer, Margarita, decia el Sr. Espinosa, me siento cada dia mas débil, pero no es esto lo que me aflige; lo que me agovia, lo que me mata, es, pensar en que á Uds. las dejo solas y sin fortuna. — Oh! gran Dios! que vá á ser de mi esposa y de mi anjélica hija el momento que yo baje á la fria tumba!... terrible situacion, cuadro horrible. ¡Señor, señor, tened piedad de estas infelices!... y al decir esto el pobre anciano se deshacia en amargo llanto, contemplando su suerte. Margarita y su hija lloraban, sí, lloraban, pero con lágrimas q' desgarraban el corazon.

Despues de un momento de escena muda y silenciosa, en la que no se oían sino suspiros y lágrimas, don Juan interrumpió el silencio, diciendo:

—Qué hacer!...Dios no las abandonará;—así como salva al naufrago que batalla con las enfurecidas olas del mar agitado: así como alimenta al pajarillo; así como consuela al afligido, también verá por la virtud y la inocencia.—Ea, ánimo, hija mía, serénate, Elvira, y vamos á prepararlo todo para recibir á nuestro único y buen amigo el Sr. Ramirez. Diciendo esto se dirijieron al salon.

Antes de continuar adelante, debemos indicar que el Sr. Espinosa, era víctima de una fuerte enfermedad que se agravaba diariamente. Sobre todo, lo que contristaba su espíritu, era el pensar en su pobreza y dejar su familia sola, sin los recursos indispensables para la vida.

Como hemos dicho, el estado de su pobreza, orijinaba de haber tomado una parte activa en la revolucion del 16 de Julio de 1809. Declarada la independencia del Alto Perú, nadie se acordó de indemnizarle, ni aun siquiera de pasarle una pension alimenticia. La patria, esa soberana reina, que altiva ostenta su poderio, solo pide á sus hijos servicios, demanda sacrificios, sin nunca jamás, recompensar el heroismo y la abnegacion de sus fieles servidores.

Cuántos cuadros desgarradores diariamente se ofrecen á la vista de los mas indiferentes: cuántas viudas desoladas, cuantos huérfanos! Y por qué?—porque sus esposos, padres, etc., se sacrificaron por la patria, legando á sus familias, el hambre, la miseria, la desnudez!....Horrible recompensa!

Apenas habian entrado al salon, cuando se dejó sentir en el patio de la casa las pisadas de un caballo.

—El es, dijo, y saliendo á su encuentro lo condujo al salon, donde se hallaban su esposa é hija.

—Buenas noches, mi querido Juan, dijo el recién llegado.

—Felices te deseo, amigo Ramirez, cuanto tardabas.....

Y al decir esto penetraron al salon. Pasados los cumplimientos de estilo, Ramirez tomó asiento.

Este era el único amigo de aquella pobre pero virtuosa familia. Habia conocido al marido de Margarita desde su infancia y su amistad jamás se habia entorpecido, vinculándose mas bien todos los dias. Ramirez era rico propietario y vecino de Espinosa: pertenecía á la falanje de esos viejos solterones que creen no llegada aun la hora de matrimoniarse.

Hechas estas esplicaciones, continuemos nuestro relato. La conversacion jiró al principio sobre el tiempo, las cose-

chas, noticias y la vida campestre. Despues de agotada ella, el dueño de casa invitó á su amigo á jugar una *malilla*: aceptada, todos rodearon una mesa central y se pusieron á jugar. Solo Elvira no tomó parte, entreteniéndose mas bien en la lectura de un libro de recuerdos.

Terminado el juego, el Sr. Ramirez notó un precioso libro en manos de Elvira, y que ésta con toda atencion devoraba su lectura, é interpeándola, le decia:—Señorita, qué precioso libro es el que U. lee?

—En verdad que es precioso. Sr., contestó Elvira: es un obsequio de mi hermano Enrique que hoy he recibido de La Paz; es un album de recuerdos, y en él me consagra las primeras rimas que ha compuesto. Diciendo esto, leyó la siguiente composicion:

EN EL ALBUM DE MI HERMANA ELVIRA.

La armonía de la fuente,
Los balsámicos aromas,
La frescura del ambiente,
De la luna su fulgor;
No se igualan en pureza
Al candor que te engalana,
Y el primor de tu belleza
Es de un ángel del Señor.

Si á natura dominára
Del empíreo los querubes
Eclipsados humillára
A tu gracia singular;
Y sublimes melodías
De los orbes escojidas,
Venturosa gozarias,
Cual un Dios en el altar.

Mas tan solo yo te ofrezco,
En mi triste desventura,
En la pena que padezco,
De mi afecto la espresion.....
Si mi nombre en tu memoria
Conserváras compasiva,
No envidiara yo la gloria
Del que cumple su ilusion.

Terminada la lectura de estas y otras composiciones, el Sr. Ramirez felicitó á Elvira por el precioso obsequio y los merecidos versos, al propio tiempo que á los padres adoptivos de Enrique, por los adelantos de aquel.

Un momento despues, un criado servía el tè, y todos lo tomaban en medio de una animosa conversacion respecto à las ventajas del cultivo de la intelijencia humana, y pronosticando à Enrique un porvenir venturoso.

Llegada la hora de retirarse, el Sr. Ramirez se despidió de la familia, como de costumbre, hasta la noche siguiente, y todos lo acompañaron hasta la galeria, permaneciendo allí hasta que hubo desaparecido.

La noche era serena y se aspiraba el ambiente fresco y perfumado de las flores. Aquellos seres, que al aparecer la melancólica luna en el horizonte, cuando se hallaban solos en la galeria habian confundido sus pesares en uno solo y mezclando sus lágrimas, se hallaban mas tranquilos, porque confiaban y esperaban en Dios, descansando en su acrisolada virtud y fé, y elevando al Todo Poderoso una fervorosa oracion, se durmieron tranquilos.

CAPÍTULO. 2.º

Correspondencia.

Enrique, el hijo adoptivo de don Juan, era un jóven de veinte años. Su fisonomía pálida habia adquirido cierta tristeza y dulzura; sus ojos, manifestaban viveza; su pelo negro y rizado y su ademan lo hacian simpático. Vestía de negro y parece que su traje estaba en armonía con los pesares de su vida.

Enrique, que al nacer tuvo la desgracia de perder à su madre y que tampoco conoció al autor de sus dias, era completamente solo y huérfano. Sus padres pobres, nada le dejaron de fortuna, pero sí buenos sentimientos y una noble ambicion.

Se habia criado y educado en casa de Elvira y consideraba à ésta como à su hermana. Cuando cumplió quince años, los padres de Elvira lo mandaron à La Paz à educarse; al principio le fomentaban sus estudios y todos los demas gastos; pero mas tarde no pudieron hacer frente à ellos, porque la fortuna adversa los redujo al último grado de mise-

ria. Entónces, Enrique, comprendió su situación, teniendo que buscar modos de vivir.

Dotado por Dios de una clara intelijencia y de una voluntad de fuerza propia, se contrató en la colaboración de un diario, trabajaba todas las noches, hasta que la aurora del nuevo día aparecía, y entónces descansaba unas horas, para luego entregarse á sus estudios. La pequeña suma que ganaba no le era suficiente y sus fatigas eran diarias.

En esta situación, y viendo su porvenir oscuro, tan solo se alimentaba con la esperanza de mejorar luego que terminase su carrera profesional. No tenía amigos, porque éstos siempre huyen de la pobreza como de un leproso, su corazón sufría y con razón; casi el escepticismo se apoderaba de su espíritu: había sufrido mucho, y sobre todo ¡qué peor desgracia que no conocer á sus padres!—

Sin embargo, la deuda de gratitud para el señor Espinosa y su familia, era la única idea que lo fortalecía en su escabrosa existencia. Amaba á Elvira con toda idolatría, con un amor casto y puro; como aman las flores el rocío que las vivifica, como aman los ángeles á Dios. Cuando pensaba en ella, su pensamiento se perdía como una gota de lluvia en el mar, como un grano de arena en el desierto.

No obstante, un nuevo mal le aguardaba; una desilusion mas vino á evaporar los últimos rayos de esperanza, cuando recibió la siguiente carta:

«Enrique.—

Ten compasion de mí, no me ódies ni me maldigas, soy muy desgraciada: parece que la cruel suerte se complaciera en elejirme como á su victima. Hace ocho dias que mi pobre padre duerme el sueño eterno: antes de morir y en medio de las agitaciones de su espíritu, llamó á mamá y á mí, suplicándome hiciera el sacrificio de casarme con el señor Ramirez, quien me habia solicitado ha mucho tiempo, y que mi padre no habia querido prestarle su asentimiento con la esperanza de unirme algun dia contigo: mas al borde de la tumba, y siendo tú muy jóven, y quedando nosotras solas, sin un amigo, escasas de los recursos indispensables para la vida, ha aceptado este enlace, mas bien por dejarnos un apoyo, que por otras consideraciones. Yo sin pronunciar una sola palabra y auegada en llanto, he cedido á las insinuaciones de mi padre.

Dos dias despues se verificaba mi enlace perteneciéndome

dole al hombre que se llama mi esposo, tan solo una obediencia respetuosa, mas nunca mi corazon, ni mi amor.

Ya vez, Enrique, que soy muy desgraciada y que debo sufrir mucho.

Perdóname, y no olvides á tu infeliz.

ELVIRA. »

La lectura de esta carta produjo en Enrique un efecto mas terrible que la caida de un rayo. Quedó confundido, anonadado completamente; sentia que el corazon queria estallar dentro del pecho como el cráter de un volcan.

Por un momento pensó en suicidarse, mas despues se decia:—Nó, debo vivir, sería en mí una cobardia extinguir mi existencia.—Qué me importan los sufrimientos de la vida, ¿no he nacido en medio de ellos? pues bien, luchemos cara á cara.—Qué le debo yo al mundo? tan solo suspiros y lágrimas!.... Ah! terrible situacion la mia, vivir y cómo? ¡Dios mió!...vivir siempre en la duda, confiar en quién?—si ni tengo amigos con quienes departir mis pesares, y per qué—porque soy pobre, la pobreza en este tiempo es el mayor de los crímenes; porque ella nos aleja de la comunicacion con la sociedad, porque ella niega lo único que el cielo me concede, la intelijencia.

Sí, dei pobre huérfano se rien esos que se llaman nobles porque tienen un peso de que disponer y son mas orgullosos, cuanto mas bajos y serviles.

Hé ahí lo que es el mundo: el pobre toda la noche pasa en vela, devorando con la vista los caracteres de un libro, á la ténue luz de su lamparilla, ó bien escribiendo para que otros se enriquezcan; y sin embargo, el pobre es considerado como un ignorante. El es mas virtuoso que aquellos, que no tienen mas ocupacion que pasar su existencia en medio de las orgías y bacanales; y sin embargo, éstos son los señores de ceño airado que viven en la alta sociedad.

Pues bien, yo me rio del mundo, que nada le debo. Y al decir esto, prorumpió en una prolongada carcajada.

CAPITULO 3.º

Despues de dos años.

Volvamos á la casa de campo en la que hemos dejado á Elvira.—Esta infeliz jóven despues de la muerte de su padre, en nada habia mejorado su vida, por el contrario tuvo que sufrir mucho mas. Su esposo habia desplegado un jénio iracundo,

todo le disgustaba en su casa y días enteros pasaba fuera de ella. Al principio Elvira no sabia á qué atribuir, mas despues tuvo noticia del abandono y la vida disipada que llevaba su marido.

Por otra parte, Margarita, despues de la muerte de su esposo, habia enloquecido y este sufrimiento mas, aumentaba los muchos que Elvira tenia.

Habia conocido á una jóven, hija única de un acaudalado de Yungas y con ella pasaba algunas horas, en las que ambas, confundiendo sus pesares, se consolaban recíprocamente.

Un día se le presentó un jóven al padre de la huérfana, á solicitar la mano de ésta, pero el padre de Amelia, que asi se llamaba, lo arrojó con desden de su presencia, obligando á su hija casára con un rico á quien ella no amaba; ésta rechazó enérgicamente tal proposicion, y furioso el padre la decidió á que elija el claustro ó el matrimonio. Amelia, aceptó lo primero.

Llevada á La Paz, fué encerrada en un monasterio y un año despues profesó, recibiendo Elvira la siguiente carta que la instruía de todos los incidentes.

«Elvira:

Hacen catorce meses que me hallo ausente de ti, y hoi mas que nunca sin esperanzas de verte. Sabras que mi cruel padre, con toda tenacidad, me obligó á áceptar el matrimonio que tú sabes, ó á que profesára. Elejí lo último: porque ¿cómo matrimoniarme con un hombre á quien aborrecia?—antes que ser desgraciada como tú, preferí ser esposa de Jesus!

Hacen quince dias que hé muerto para el mundo y me hallo encerrada en vida en medio de cuatro paredes. El velo que llevo es negro, y pobre, amiga mía, voi á contarte un episodio que me oprime y desgarrá el corazón: dicen que las penas «divididas, son medias penas no más.»

Cuando me hallaba en el año del noviciado, conocí una monja que me tenia estremado cariño, y que por su virtud, educacion y amabilidad era idolatrada. Todas las tardes la veía en el jardín solitaria y melancólica, haciendo esfuerzos por comprimir sus suspiros y lágrimas, sin que jamás hubiese revelado á nadie el motivo de su habitual tristeza.

El día que yo profesé y durante la ceremonia, ella me despojaba de todos los vestidos, con que en el gran mundo se engalanan; al cortarme el cabello, dió un grito y cayó exánime balbuceando estas palabras.....mi hija!.....hija del alma....

Imajínate Elvira cual seria mi sorpresa, al oír por primera vez, en medio de la religiosa ceremonia, tan dulces y consoladoras palabras.... Todas las monjas se pusieron en movimiento, y un instante despues, mi madre, sí, mi pobre y desgraciada madre, me tenia entre sus brazos y con el estertor de la muerte me decia.... ¡tú eres mi hija!... esta cruz que llevas al cuello con mis iniciales, yo te la puse cuando naciste, y el bárbaro de tu padre, al arrancarme de ti, me privó de la dicha de educarte á mi lado.—Sábelo ya que me hallo próxima á morir, que tu padre me engañó, cuando era niña, demasiado niña: al verme en cinta huí de la presencia de mi familia, temerosa de sus maldiciones; y luego que tú naciste y te arrancaron de mis brazos, ingresé á este monasterio, á hacer penitencia de mi falta y pedir á Dios y mis padres, me perdonen y tambien perdonen al hombre que abusó de mi inocencia.

Y tú, hija querida, sé que tambien eres victima de su crueldad, ah!... esto me oprime el corazon.... me mata.... á Dios....hi....ja....

Y al decir esto, Elvira, murió mi desventurada madre!.... Ya ves si no tengo razon en solicitar en que ambas que somos desgracias, unamos nuestro llanto, perdonando á los que nos hicieron tanto mal....

Todas las tardes bajo á su tumba y de rodillas ante ella, elevo una fervorosa oracion, por el descanso del alma de mi madre, pidiéndole á ella, que de hinojos á los pies del trono del Señor, donde espero que por sus virtudes se halle, suplique al Dios de Clemencia, aleje de tu corazon el duelo, y que tu pecho no abandone al dolor. Yo sé, Elvira, que conseguiré mi ruego, porque Dios oye la plegaria de una madre.

Despues de mi oracion, deposito sobre su tumba, que la guarda un ciprés, una corona de virjen violeta y cándida y pura azucena.

Adios Elvira, me llaman á coro y no puedo continuar: deseo la conformidad para tu atribulado espiritu y el que no olvides á tu amiga—

AMELIA.»

Elvira habia leído la carta que precede sin poder contener el llanto, que abundante corria por sus mejillas. Parece que ellas vinieron á desahogar un tanto su aflijido corazon.

Elvira era uno de esos seres que á menudo vemos cruzar este valle amargo de sufrimientos, y siempre fortaleciendo su alma en la fé. Los dolores que la agoviaban habian recorri-

do todas las escalas y habia apurado hasta las heces el acibar del martirio. Su espiritu llegó á connaturalizarse y aceptar con toda resignacion el cúmulo de males que pesaban sobre esa anjélica criatura, teniendo un lenitivo en la fervorosa súplica que diariamente elevaba al Todo Poderoso.

CAPITULO 4.º

Dos Anjeles.

La suerte de Enrique se habia mejorado, gracias á haber encontrado en su triste y solitario camino, dos anjeles llenos de bondad, llenos de amor para el prójimo, y que á manos llenas prodigaban sus beneficios a los que sufrían; llevando el consuelo al aflijido, socorriendo al indigente, instruyendo al niño ignorante y comunicándole la luz de la intelijencia.

Estos ánjeles eran dos virtuosos esposos. La mujer hacia oficios de hermana de la caridad, sin que supiese el marido la práctica virtuosa de su consorte, ni ella lo que hacia el marido.

Este, con el corazon lleno de humanitarios sentimientos y filántropo por excelencia, habia instalado á costa de su dinero, una escuela donde gratuitamente se instruía al niño, recibiendo la educacion, ese pan sublime que alimenta mas que todo al hombre, y hace que el espíritu suba hasta Dios, para demandar el infantil lábio, las bendiciones de Aquél que premia las nobles acciones del hombre caritativo, del patriota por naturaleza!

Sublime ejemplo digno de imitacion!—Mas por desgracia vivimos en una época, en que no se tiene por parte de algunos ricos, mas Dios que el oro, mas caridad que la de privarse ellos mismos del alimento, para guardar su dinero en un zócano inundo....

Cuántos hai tambien que prefieren disipar su fortuna, en lúbricas vacanales, antes que socorrer al desgraciado que pide una limosna por amor á Dios.

En tanto que este digno hombre, toda accion noble la callaba, porque no la hacia por ostentacion, ni vanidad, sinó, porque hallaba en ello, un verdadero placer.

Enrique, hemos dicho, habia mejorado de suerte, gra-

cias á este hombre caritativo. Desde entónces su vida se deslizaba tranquila, y sin lágrimas, suspiros, ni dolor. La fé reanímó su ánimo abatido y la marchita flor de la juventud; ambicionando otra vez su mente, sueños de gloria y placer; encargándose el tiempo de borrar las huellas de sus pasados sufrimientos.

CAPITULO 5.º

Viaje á la Paz.

Al cabo de dos años de matrimonio, el marido de Elvira, que, como dijimos, se entregó á una vida completamente licenciosa, espiraba víctima de su mala conducta, en medio de las amargas dolencias que le eran consiguientes.

Enrique tan luego que supo este acontecimiento, voló con la solicitud propia de un afectuoso y fraternal cariño al lado de Elvira, que estaba completamente aislada.

Su llegada á Yungas prodújole honda sensacion, mil confusos recuerdos de su infancia se agolpaban en tropel á su imaginacion.

—Hermano mio, le decia Elvira, creí que no vendrias y que me guardases un odio inestinguible, pero hoi que despues de muchos años te veo, me hallo suficientemente compensada de mis pesares.

—Olvidas, Elvira, que el cariño puro que te consagré y que nunca se borrará de mi alma, podía apagarse con el martirio que te sacrificó á aceptar el lecho nupcial?—No Elvira; mi amor era puro como el perfume de las flores, suave cual tranquilo raudal: te amé e n el respeto que se ama á una virgen en el altar, como deben amar los hijos que conocen los halagos del regazo maternal.

—Gracias, Enrique, siempre noble, siempre jeneroso, pero hai una desgracia que me desespera, que me mata, es verla padecer á mi madre.—Ah! si pudiese volverte el juicio, gustosa me sacrificára por este supremo bien.

—Y por qué desesperar, Elvira?—confiemos en Dios: tú sabes que su infinita bondad jamás se niega cuando se le clama con fé sincera. Apresuremos nuestro viaje á La Paz; y te aseguro que ella sanará.

En efecto, al día siguiente marchaban á la ciudad, conduciendo á la anciana y enferma madre. Una vez en la capital, principiaron la curacion llamando para el efecto á los mejores facultativos.

CAPITULO 6.º

Epílogo.

Habian trascurrido doce meses despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, y Dios siempre magnánimo habia oido la fervorosa súplica de Enrique y Elvira, devolviendo el juicio á la madre que tanto adoraban.

Ellos á su vez, eran completamente felices: el sacerdote al unirlos al pié del altar, los bendijo por su virtud y conformidad.

Toda esta dicha la debian á los dos ángeles que el Ser Supremo les envió en medio de las amargas decepciones que experimentaron en su infancia.

Eran felices, y los sueños dorados de su niñez, quedaron realizados, siendo ambos esposos.

Benditas una y mil veces, las personas que en la tierra ahorran á los desgraciados—

SUSPIROS Y LAGRIMAS!